

MI TÍA TITA

DOLORES DÍAZ RIVERA

“Me tocó estar un mes con mi abuela antes de su muerte y por primera vez me habló de mi padre, me dijo que fue un poco loco, pero yo ya había oído a Ruth hacía varios años decir que mi padre era un degenerado”

27



E

ra una noche lúgubre, tenebrosa, llena de sombras y ruidos extraños, que no se perciben cuando hay claridad, la oscuridad me tenía tenso, pero muy lúcido. Revestido con una capa de polvo, por la gran pérdida, mi corazón hinchado de dolor derramaba lágrimas que corrían por mi cara como ríos amargos, y brumas espectrales nublaban mis ojos. Mi mente sólo registraba una pregunta, que repetía constantemente: ¿Qué voy hacer sin mi tía Tita?

La luz se había ido hacía varias horas, y parecía que no iba a regresar hasta el día siguiente, como pasaba con frecuencia en la rancharía El Capullo, donde mi tía Tita había hecho construir una casa con todas las comodidades. La casa está situada en las laderas de la sierra tarahumara, el lugar le traía a mi tía muy buenos recuerdos, por haber sido feliz con la amiga de su madre que la invitó a pasar un mes, cuando ella tenía ocho años. La vista es espléndida, los árboles gigantes de miles de años, que con su variedad de verdes le daban un colorido único al paisaje. Las noches de verano contagian por su solemnidad, su dulzura y su quietud. Pero esta noche parecía agresiva, como yo me sentía, porque mi tía Tita había muerto dos días antes. Ayer fue enterrada en el lugar que ella me indicó, cerca de un roble, un árbol muy bello que está en medio del jardín. En el entierro yo me encontraba aniquilado de estupor al ver cómo abrían la tierra e introducían la caja. Llovían gotas de silencio, mientras mi

corazón se desbarataba por dentro.

Hoy muy temprano toda mi familia se tuvo que ir, me rogaron que me fuera con ellos, pero me negué, y aunque no puedo consolarme me reconforto pensando que la tengo cerca.

Por fin se desató la tormenta acompañada de rayos y centellas y sobre todo un vendaval huracanado que está sacudiendo los árboles con una furia frenética. Me acordé que de niño le tenía miedo a las tormentas eléctricas y sobre todo a la oscuridad, muchas veces era un pretexto para pasarme a dormir a la cama de mi tía Tita. A los apagones ya estoy acostumbrado porque todos los años venimos a esta casa con la familia y siempre la pasamos muy contentos, hasta ahora que sentía un cruel vacío. A mis setenta y seis años no me queda más que hacer, pienso quedarme a vivir aquí lo poco que me resta de vida, abrazado a mi soledad y a mis recuerdos que son muchos, después de todos los años tan maravillosos que pasé al lado de Tita. Al perderla mi paz ha quedado empañada de hastío, pero el estar junto a donde ella descansa, seguro que encontraré la tranquilidad que tanto necesito recordando los momentos felices que pasamos juntos y lo que gozamos recorriendo tantas partes del mundo y lo mucho que nos divertimos.

La historia de mi niñez la supe en episodios, los que mi tía me contaba a su manera, según Tita, era el mejor modo de entender la vida, pero lo único que hacía era enredármela más, hasta que comprendí lo que pasaba, no quería que la supiera, y dejé de preguntar. Siempre viví sin padres, según mi tía murieron, mi madre era su hermana y mi padre un señor inglés. Lo del padre inglés fue cierto, porque cuando tenía doce años apareció una abuelita en Inglaterra, ella supo de mí, porque mi padre le dijo que tenía un hijo en El Paso Texas, y nos localizó. Cada año en vacaciones íbamos a pasar los dos meses con mi abuela Ruth. Ella adoraba a mi tía Tita al igual que yo. Mi tía era bellísima por dentro y por fuera, me llevaba solamente doce años y cuando yo era joven, ella se veía menor que yo y la gente creía que era mi novia, más

tarde decían que si era mi esposa, cosa que a ella molestaba.

Cuando tuve edad de ir a la escuela, viví con una familia a la que mi tía le pagaba mientras ella se ausentaba, me decía que tenía que trabajar en el extranjero y no podía llevarme. La veía un mes en verano y una semana en navidad. Cuando conocimos a la abuela inglesa cambió nuestra vida, yo ya no viví con la familia, sino con Tita y en las vacaciones nos íbamos a Inglaterra a ver a Ruth y pasábamos con ella los dos meses en diferentes partes de Europa. La abuela me hizo que, aparte del español y del inglés que hablaba, aprendiera el francés y el italiano; con esos cuatro idiomas me defendía muy bien en Europa. El español era el idioma con el que generalmente nos comunicábamos mi tía y yo, aunque algunas veces Tita me hablaba en el dialecto indio de la tarahumara, yo lo entiendo pero hasta la fecha me cuesta trabajo hablarlo.

Con el dinero que la abuela le regaló a mi tía, ella compró una casa en El Paso Texas, ciudad donde yo nací y donde radicábamos. Mi tía era mexicana pero tenía la residencia para poder vivir en Estados Unidos.

Cuando mi abuela se enfermó yo tenía diecisiete años. Tita me internó en una academia militar para que ella se pudiera ir a cuidarla. Al salir de vacaciones de verano me fui a Inglaterra con ellas. Me tocó estar un mes con mi abuela antes de su muerte y por primera vez me habló de mi padre, me dijo que fue un poco loco, pero yo ya había oído a Ruth hacía varios años decir que mi padre era un degenerado. Mi abuela se culpaba por el comportamiento de su hijo, por haberlo consentido, cumpliéndole sus caprichos, creyó que así supliría la falta del padre, ya que el hijo siempre le echaba en cara el no tenerlo. El padre de él, engaño a la abuela, era casado. Ruth le siguió contando que mi padre abandonó a mi madre y que murió trágicamente. Una mujer lo mató. En seguida le pregunté que si mi madre fue la asesina, dijo que no, que había sido una mujer francesa en París.

Regresamos a El Paso para que yo terminara mis estudios. La carrera que

decidí estudiar fue Administración de Empresas para ayudarle a mi tía a manejar la herencia de mi abuela que estaba en acciones. La suerte nos favoreció bien al invertir porque hicimos una buena fortuna, y hoy vivimos de nuestras rentas.

Me molestaba oír a Tita decirme que me casara. Donde quiera que estábamos me presentaba jóvenes bonitas y feas, a ver cuál me gustaba. Me convenció al decirme que quería que tuviera hijos, para sentirse abuela. La corregí, dirás sobrinos nietos. Lo que sea, dijo y agregó: lo que quiero es verte casado.

Me casé con la primera mujer que me hizo caso, era guapa, medio loca, después de una fiesta en que los dos estábamos tomados. Le propuse matrimonio, aceptó y de allí nos fuimos con el juez que en seguida nos casó. A mi tía no le pareció la manera en que lo hicimos. Me dijo que los matrimonios se planean, para que tengan éxito, y tuvo razón. Este matrimonio duró dos años. El problema fue que se embarazó, pero mi esposa no tenía planeado tener hijos, quería divertirse. Al mes de haber nacido mi hijo nos dejó. Después de varios meses me pidió el divorcio, no le importó el niño.

Mi tía y yo vivimos un año cuidando a mi hijo, nos dividimos los días, el que estaba libre iba a la oficina; pero no funcionaba, hasta que se le ocurrió a Tita emplear a una mujer que lo cuidara mientras nosotros trabajábamos. Elisa era el nombre de la joven a la que contrató mi tía, era bonita y cuidaba muy bien al niño y



aparte tenía muy limpia la casa. Mi tía empezó a decirme que Elisa sería una buena esposa para mí. La empecé a invitar a salir, ella encantada me correspondió, y a los dos meses nos casamos. Elisa no invitó a su madre a la boda pero ella apareció al mes con dos criaturas: un niño de cuatro años y una niña de dos años. Me enojé con mi esposa, porque no me dijo antes de casarnos la existencia de los niños que eran de padres diferentes. Yo quería que Elisa se fuera con sus niños y divorciarme de ella, pero mi tía me convenció de no hacerlo al decirme que los niños no tenían la culpa, y que nosotros teníamos suficiente para mantenerlos. Pasó poco más de un año y una noche que llegamos mi tía y yo del trabajo encontramos a los niños solos y llorando de hambre. El niño que ya tenía cinco años nos dijo que su mamá se había ido en la mañana. Elisa desapareció para siempre, porque nunca volvimos a saber de ella. No la busqué, pero lo más extraño fue que ni siquiera se apareció para pedirme el divorcio. Mi tía jamás volvió a insistir en que me volviera a casar. Los niños de Elisa han sido como mis hijos y también de mi tía aunque a ella la llamaban Tita. No los adopté cuando eran chicos por miedo a que el gobierno me los quitara, por no ser yo el verdadero padre. Ellos crecieron creyendo que lo era. Hasta que fueron mayores de edad les confesé la verdad. No tuve que convencerlos de que los quería porque lo sabían muy bien. Ahora los dos están casados y también mi hijo, ya tengo siete nietos.

Una semana antes de morir Tita me dijo que tenía un secreto y no se quería ir con él a la tumba, que era hora de revelármelo, porque aparte tenía derecho a saberlo. Me animé y le dije que yo también tenía otro guardado en mi corazón, pero que comenzara ella.

Primero quiso pedirme perdón por no habérmelo contado hace muchos años, creyó que me iba hacer sufrir, después cuando ya estaba mayor, le dio pena que supiera a lo que ella se había dedicado. Muchas veces estuvo a punto de confesarme todo, pero en seguida se arrepentía creyendo que la iba a dejar de querer. Con todo este largo preámbulo, se veía claramente que lo hacía, porque no se animaba, le estaba costando mucho trabajo, por fin comenzó su historia:

--Mi madre era india tarahumara. Huyó de su tribu con un hombre muy malo que llegó a la sierra, al lugar donde mi madre vivía, luego este malvado se estableció en un poblado llamado Las Mariposas. Allí abrió un bar, donde las meseras eran prostitutas y puso a mi madre a trabajar. Mi madre trataba de cuidarse bien para no salir embarazada y sin darse cuenta un día descubrió que se encontraba encinta, pero ya fue tarde para abortar. Al nacer yo quiso matarme, pero la amiga que estaba con ella se lo impidió. Sé todo esto porque mi madre muchas veces enojada me lo decía a gritos. Me hizo que aprendiera a ser prostituta, según ella era un trabajo como cualquiera. Para esto, desde muy chica me hacía ver cómo las mujeres se acuestan con los hombres. A mí me daba asco y horror. Cuando tenía once años me vendió con tu padre que vivía en El Paso, Texas. Este hombre me pasó a Estados Unidos, en la cajuela de su carro, amarrada y con un trapo en la boca, para que no gritara. En ese tiempo no había tanta revisión al pasar al otro lado y menos si el coche traía placas americanas. Este hombre era un degenerado. Siento horrible decírtelo. Yo le tenía horror. Me hizo sufrir mucho, y cuando se dio cuenta de que estaba embarazada me echó de la casa. Eso sí, le sobraba el dinero porque lo tiraba. A mí me dio mil dólares que me sirvieron para vivir

por un tiempo --hizo una pausa-- como verás: yo soy tu madre.

Cuando dijo esto, volteó la cara a otro lado y vi cómo le salían las lágrimas. Fue tal mi sorpresa que me quedé sin habla. Era lo que menos me esperaba, aunque en un tiempo lo pensé por su comportamiento hacía mí, parecía más madre que tía, pero al recordar su edad que era sólo doce años mayor que yo, se me hacía imposible. No sabía cómo reaccionar. Lo que sí, en ese momento entendí muchas cosas. Mis lágrimas empezaron a correr como cataratas por mis mejillas. Era mi madre y no me lo dijo. Empecé a sentir coraje al acordándome de lo que sufrí en la escuela viendo a todos los niños con sus madres. Siempre quise tener la mía. En seguida me quité ese sentimiento. Tampoco quería que notara la tristeza que ya me había atrapado. Aparte estaba apenado pensando la confesión que le iba hacer: lo enamorado que siempre he estado de ella, las noches que pasé en vela, practicando cómo decirle que la amaba y pedirle que fuera mi esposa, pero nunca me atreví, al ver su indiferencia y que su amor por mí era tan puro, muy diferente al que yo sentía por ella. No dije nada, esperé a que ella terminara de contarme todo. Y continuó:

--Al correrme tu padre, la única amiga que tenía era una prostituta, que a veces venía a verlo, con ella me puse a trabajar para mantenerte, por eso te decía que me iba al extranjero. Todo cambió cuando apareció la abuela en Inglaterra. Fue una madre para mí y nos mantuvo.

Todo me lo resumió, y se me hizo bien, no tenía por qué dar más explicaciones.

Mientras ella me contaba lo último, yo me quebraba la cabeza, preguntándome qué podía inventar acerca de mi secreto, que no la ofendiera. Hubo un silencio. Ella esperaba ansiosa de oírme decir algo, por fin hablé. Tenía que decirle algo disfrazado:

--Mi secreto lo sabes, pero te lo quería repetir: siempre te he querido y mi vida a tu lado ha sido maravillosa. Pero lo que me acabas de confesar es lo más hermoso que he oído en toda mi

vida, me siento muy contento de pensar que fuiste mi tía, mi amiga y ahora en este momento, me estás dando otro regalo, el ser mi madre. Me has hecho el hombre más feliz. No tengo con qué darte las gracias.

La abracé y le di un beso eterno por todos los que no le di de niño. Creo que le sumé la mejilla. Vi su cara radiante de felicidad mientras me dijo: hijo.